

Violencia y Pobreza: pan y tortilla del cada día

Edi Efraín Bámaca López*

Introducción

El objetivo del presente trabajo es dar a conocer la vinculación que existe entre la violencia y la pobreza. Tortosa (1994:31) aduce que la violencia puede expresarse de distintas maneras y modos, pero se centra en lo que se considera violencia «directa, estructural y cultural». Partiendo de estas manifestaciones de la violencia, se explica su vínculo con la pobreza, siendo la pobreza estructural una de las formas más visibles de la violencia. El fenómeno de la violencia genera gastos económicos de gran magnitud, en el presente ensayo se ofrecen los datos sobre las implicaciones en el Producto Interno Bruto de la región centroamericana, aunado a esto, se denota el creciente ascenso de algunos países a nivel regional en cuanto al número de muertos a causa de la violencia armada como fruto de la presencia del narcotráfico en algunos territorios. Son, tanto la pobreza como la violencia, realidades de antigua existencia con nuevos rostros, tales como el urbanismo y la afluencia de armas a disposición de la población; características que cobran importancia al hacer mención de la violencia como expresión de las poblaciones actuales. La violencia y la pobreza muestran rostros cada vez más jóvenes, herederos de situaciones limitadas en el acceso a recursos que puedan propiciarles un mejor desarrollo en su proceso de vida, sabiendo que América Latina es considerada como la región más desigual del mundo (Brender, 2012; Buvinic *et al.*, 2005; Rodríguez, 2004).

«Segmentos considerables de la población de América Latina sobreviven en la economía y sociedad informal, donde se comparte la pobreza y la violencia diariamente».

(Kruijt, 2008:67)

* Estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos (Guatemala). Correo electrónico eefrain@gmail.com. Finalista en el Concurso de Ensayo Latinoamericano, organizado por RELACSO.

Realidades de vieja edad con manejos de distinto enfoque.

La realidad de América Latina y el Caribe, presenta diversos escenarios a nivel social, económico, político, y cultural. Cada mañana la búsqueda de noticias me remite a situaciones de gran impacto, muchas de ellas ocurridas en América Latina. Dentro de este diverso escenario, hay dos variables de interés para el presente trabajo, estas son la violencia¹ y la pobreza. Son muy pocos los países latinoamericanos que se han librado de ser parte de este escenario rodeado de violencia y la pobreza, ya sea de manera directa o indirecta. Según Buvinic, Morrison y Shifter (1999:1) estas situaciones son «problemas multidimensionales y multifacéticos» ya que sus causas y efectos son variados. Estos dependen de las realidades coyunturales y situaciones de vida del grupo poblacional inmerso en tal situación, la cual afecta a diversos sectores sociales. Situación que sucede desde hace tiempo, en la cual se asumía, en que los escenarios de pobreza y violencia eran coyunturas derivadas de una mala economía y que tales escenarios podrían diluirse según fuese creciendo la economía y se mantuviera estable el mercado y la sociedad en su conjunto (Arteaga Botello, 2005; Rodríguez, 2004).

Distintas experiencias en relación al manejo de la violencia y la pobreza, han revelado el manejo integral que debe hacerse de la situación y de todos los actores que deben implicarse. Debe aplicarse un tratamiento distinto al ya probado. Es común escuchar en distintos países de la región latinoamericana el desarrollo de políticas públicas en materia de seguridad ciudadana, seguridad pública y combate a la pobreza. Pero en algunos casos, estas formas de abordar la problemática no son más que un modo importado de otro contexto y su aplicabilidad a la región resulta infructífero. Siguiendo a Arteaga Botello (2005) puede decirse que existen tres tipos de políticas públicas encaminadas a dar planteamientos de solución al tema de la violencia en la región de América Latina; aquellas que «llevan

¹ Existen variadas definiciones al concepto de violencia, en el presente trabajo se toma la proporcionada en el informe mundial sobre violencia y salud por parte de la *World Health Organization* por considerarla más completa en comparación a otras definiciones particulares. «El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga posibilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones» (*World Health Organization*, 2000:5).

el sentido de comunidad como un mecanismo que debe procurarse para mantener el control social², las que van en busca de una visión más integral³ y las de tolerancia cero⁴» (pág. 185).

Según Arteaga Botello (2005:181) las políticas públicas planteadas para solucionar los problemas derivados de la manifestación de la violencia y la pobreza son «dispositivos diseñados en forma de instituciones, discursos, decretos, y leyes que permitan definir soluciones específicas» pero que en ocasiones tienden a «reforzar los procesos de pobreza y violencia más que a resolverlos.» Los procesos de donde derivan estas situaciones son comparables en su dinamismo, aunque distintos en su manifestación. La pobreza presenta serias dificultades en su medición⁵. Las políticas públicas orientadas a la reducción de la misma, están centradas en la delimitación fronteriza de lo que podría ser considerado un nivel de vida óptimo, que también hacen de la pobreza un concepto definido como la privación de condiciones sociales e individuales, en donde las personas no poseen los recursos económicos necesarios que les ayuden a obtener los recursos básicos (Sen, 2003). Las mediciones de la pobreza llevan consigo un aspecto normativo que tienen en común elementos tales como; el consumo de bienes y servicios, así como ingresos -que sirven como criterios para la ubicación de quienes están por arriba de esa medición- y que podrían ser considerados exentos de pobreza; considera también a quienes se muestran por debajo de la misma: pobres. Con la violencia aplica de igual forma.

En América Latina, se han aplicado distintas acciones para el abordaje de la pobreza. En primer lugar aquellas que promueven la participación de la comunidad, las que llevan una perspectiva de integralidad en el tratamiento a la reducción de la pobreza y finalmente aquellas que tienen una visión más focalizada sobre la situación. La pobreza y la violencia son vistas como el fruto palpable de la incapacidad de determinados grupos sociales para hacerle frente a los cambios sociales que se presentan en constante movimiento y transformación, particularmente económica. (Arteaga Botello, 2005).

² En este texto, la idea primordial es que los problemas de violencia común se abordan desde una visión más comunitaria, con participación directa de la población en materia de prevención y control, partiendo de la focalización de los hechos violentos.

³ Busca ahondar más en la situación. Va a las raíces. Busca las posibles causas del hecho violento. Vincula distintos actores sociales que ejercen influencia en los círculos sociales en donde se desarrollan los hechos violentos.

⁴ Como su nombre lo indica, es más energético. Este modelo ha sido aplicado en algunos países de América Central, tales como Guatemala, Salvador y Honduras.

⁵ Según Tortosa (1994) estos análisis centrados en lo cuantitativo nada o muy poco aportan a la comprensión de lo que podrían ser las causas de tal realidad.

Violencia y pobreza: vinculación de profunda herencia.

Como se ha anotado anteriormente, tanto la pobreza como la violencia poseen vínculos desde tiempo atrás, sin embargo cabe anotar que estas vinculantes tampoco son determinantes conclusivas de coexistencia. La pobreza en sí misma no es causante de la violencia sí de la desigualdad (Kruijt, 2008; Arteaga Botello, 2005; Buvinic, Morrison, y Orlando, 2005; Banco Mundial, 2001). La desigualdad en América Latina es una de las realidades de mayor orden a nivel mundial, incluso en comparación con África y Asia. La desigualdad se vio consolidada en la década perdida. La desigualdad contribuye a generar elevados niveles de violencia en la región, puesto que es generadora de tensión social (Kruijt, 2008). Tensión cuyo causal es la inequitativa remuneración entre la población, debido en gran parte, a la diferencia de años de estudio cursados y a la calidad de la educación recibida, entre otros varios factores y aspectos. La pobreza puede generar sentimientos de frustración y desesperanza, más aún si va acompañada de exclusión económica como el desempleo, por ejemplo. Estas diferencias entre grado de escolaridad e ingreso distingue a los grupos con mayor o menor grado de violencia (Buvinic *et al.*, 2005).

Partiendo de la clasificación de Tortosa (1994:31) la violencia puede ser expresa de los siguientes modos: «directa, estructural y cultural». Tomando esta clasificación puede también explicarse la vinculante con la pobreza. Buvinic, Morrison y Orlando, (2005:168) aducen, por el contrario que la manifestación de la violencia podría desglosarse según sean las víctimas, los agresores, la naturaleza del comportamiento violento, la intención misma de la violencia, el lugar y la relación existente entre la víctima y el agresor.

Violencia directa y pobreza: quizás esta sea la expresión más fácil de concebir e imaginar sin una mayor profundización teórica. Se hace perceptible en los escenarios más críticos de varios países en América Latina. Dentro de esta definición, se visualiza la violencia como productora directa de los escenarios de pobreza, y a la manera inversa (Tortosa, 1994). La forma de acercarse a estos escenarios de dualidad depende del status económico. El ciudadano medio y pudiente verá en ocasiones al pobre como una amenaza a su seguridad. Como reacción inmediata a esta amenaza, por ejemplo, se recurre a la defensa, siendo manifiesta en ocasiones con la imposición del orden por medio de fuerzas policiales; en otros casos, se salta esa parte y se recurre a fuerzas privadas de seguridad, generando en algunos casos, elevados costos monetarios, llegando a alcanzar elevados puntos porcentuales del Producto Interno Bruto (Buvinic *et al.*, 1999; Tortosa, 1994). De esta forma, es válido retomar lo planteado anteriormente : la

pobreza en sí misma no es causante de la violencia sino que la desigualdad (Kruijt, 2008; Arteaga Botello, 2005; Buvinic, Morrison y Orlando, 2005; Banco Mundial, 2001).

Violencia estructural y pobreza: Esta situación violenta se vive a nivel macro como una realidad consecuente de las acciones y decisiones tomadas por las instituciones de poder, es decir aquellas instituciones que manejan la estructura de los Estados-Nación. La violencia estructural podría nombrarse con distintas expresiones y acciones, entre ellas están la marginación, discriminación, desigualdad y explotación, entre otras. Los procesos de ajuste estructural sugieren según Brender (2012) un aumento de la violencia en las estructuras, afectando así los procesos de democratización política. Situaciones en sí poseedoras de violencia y desencadenantes de hechos productores de situaciones de pobreza. La explotación como generadora de pobreza es un hecho implícito dentro del modelo económico actual (Tortosa, 1994). En este modelo particular se plantea que para lograr cierto grado de prevención en este tipo de violencia, se hace de vital necesidad e importancia el diseño de políticas públicas que busquen combatir esos factores de riesgo estructurales y sociales⁶ tanto a nivel nacional como local (Buvinic *et al.*, 2005).

Violencia cultural y pobreza: Al final de todas las realidades posibles, se llega a cuestionar la razón por la cual en algunos ambientes se mantienen los escenarios de pobreza y violencia, y peor aún se aceptan con normalidad. Según Galtung (1990) existen argumentos que dan razón al presupuesto anterior, él argumenta debido a razones funcionales,⁷ estructurales,⁸ culturales o ideológicas. Cada sociedad argumenta sus propias explicaciones sobre la existencia de la pobreza y la violencia. Algunos incluso han llegado a relacionarla con argumentos religiosos, presentando una justificación existencial de índole espiritual de los hechos derivados de la pobreza, lo mismo aplica para las ideologías de índole político⁹ (Tortosa, 1994; Galtung, 1990). La violencia cultural vinculada a la pobreza cobra sentido cuando se le otorga un carácter de obligatoriedad a las personas en el reconocimiento del problema, se les dice que no

⁶ Desempleo, falta de atención a madres en pobreza extrema, desigualdad, educación, transformación de conflictos, entre otros.

⁷ Es necesaria para el mantenimiento del sistema en que se da.

⁸ Forman parte de la estructura de poder en la que se autoreproducen.

⁹ «El neoliberalismo ve la razón de la existencia de la pobreza en la falta de interés por parte de los pobres, el marxismo aduce en la explotación del hombre por el hombre, y la propiedad privada» (Tortosa, 1994:37).

vean el problema o que dispongan de razonamientos para ocultarla pero que se mantenga. De esta forma también podría mencionarse la negación de escenarios mediáticos inmersos en el problema de la pobreza, esto también puede concebirse como violencia cultural.

La permanencia de un discurso igualitario en condiciones sociales y de derecho, hace en cierta medida una alusión a la negación de las diferencias en las que las grandes mayorías se encuentran, así, la existencia de un discurso futurista de completa hermandad e igualdad, ayuda al mantenimiento del status quo. Estos mecanismos de defensa son en sí un hecho violento (Linares Marquéz de Prado, 2002).

La pobreza como un proceso de violencia estructural.

Las diversas etapas de la historia han dado un componente particular al devenir de la humanidad. La estigmatización de escenarios pobres y violentos en realidades del tercer mundo está proliferando también en escenarios antes no imaginados. Escenarios de primer mundo en los que la presencia de la violencia estructural y la pobreza eran fenómenos menos importantes, hoy se han convertido en realidades de primera importancia. En esta situación, son dos los posibles procesos que están en el centro de esta realidad; por una lado, el proceso globalizador y por el otro los modelos económicos neoliberales implantados en las sociedades (Rodríguez, 2004). Ante la supremacía del mercado frente a las diversas situaciones de interés social y comunitario, la pobreza asoma su presencia como resultado de fracasos individuales. Ante los planteamientos de libre mercado, resulta que el incremento a la productividad y la competencia son las soluciones que se proponen al problema existente. Una formula bastante repetida: más mercado y más competencia anula la pobreza y la miseria. La implementación de formulas similares ha llevado a qué América Latina sea la región más desigual del mundo (Brender, 2012; Buvinic *et al.*, 2005; Rodríguez, 2004). Situaciones como esas contribuyen a que se acentúe la desigualdad, la pobreza y la violencia. Determinar que la pobreza es parte de un proceso de la violencia estructural conlleva una serie de situaciones que hacen de las variables de estudio una situación extensa, en donde su medición se realiza por medio de distintas expresiones de la sociedad tales como el acceso a un trabajo, servicios de salud entre otros. Como aduce Rodríguez (2004):

En el mundo entero, la pobreza aparece unida indefectiblemente a la violencia, que tiene su raíz en las injusticias, inequidades, postergación y exclusión social. Tres grandes problemas parecen dominar el escenario del mundo en esta época de civilización postindustrial: la violencia, la pobreza y la exclusión social (Rodríguez, 2004:4).

La definición de pobreza como carencia de recursos materiales o la no satisfacción de necesidades básicas resulta ser la disyuntiva generalizada en las discusiones. Los enfoques tradicionales han visto en la definición del concepto la carencia de los recursos materiales que no permiten la satisfacción de las necesidades más básicas, esto ante la imposibilidad de adquirir los bienes y servicios más importantes; los indicadores de este nivel de medición son el nivel de ingresos, ingresos per cápita, capacidad adquisitiva, y el acceso a servicios. La violencia estructural es considerada como un fuerte indicador que genera pobreza en las distintas realidades de América Latina. (Brender, 2012; Buvinic *et al.*, 2005; Rodríguez, 2004; Tortosa, 1994).

Possibles Causas de la Violencia.

Según Buvinic *et al.*, (2005) y Buvinic *et al.*, (1999) la violencia es en realidad un fenómeno complejo que presenta variadas causas y se relacionan entre sí. Estas podrían resumirse en:

Aprendizaje de la violencia: la conducta violenta se aprende y la primera instancia de aprendizaje está en el hogar, en donde se imita lo observado en los padres, familiares o personajes con los cuales se entra en contacto. Abundan padres que premian las conductas agresivas de los hijos, siendo estas algunas formas mediante las cuales los niños adquieren patrones de conducta violentos que en una edad posterior podrían convertirse en su modo de proceder (Berkowitz, 1996). Es así como el niño va aprendiendo por medio de la asociación de estímulos agresivos y conductas violentas a dar respuesta a diversas situaciones. No solamente el hogar es el centro de aprendizaje de la violencia, también puede ser la escuela, la calle, en fin. El punto a resaltar es que la violencia es algo que se aprende y adquiere con el paso del tiempo.

Aspectos demográficos: Aquí se nombrarán aspectos como la edad, densidad de la población, género, entre otros. Todas estas son variables que podrán ayudar en algún momento a predecir posibles escenarios de violencia. También observamos aquí como se cruza la situación de la pobreza, ya que entre los factores que disponen a los jóvenes a situaciones violentas y delictivas se encuentran, en grandes ocasiones el desempleo o la falta de acceso a recursos debido también a la abundancia de mano de obra, es decir una superpoblación en un espacio geográfico pequeño (Buvinic *et al.*, 2005). Se añade aquí también la forma de abordar distintas realidades por los medios de comunicación, sobre todo los aspectos delictivos y aquellos de escenarios regularmente violentos (Aruguete y Amadeo, 2012). El aumento de la población —y por ende la densidad poblacional, con especial atención en las grandes urbes— hace aumentar el estrés y la frustración que conduce en algunas ocasiones a la conducta violenta (Brender, 2012).

Factores económicos: No existen pruebas totalmente satisfactorias en relación al impacto de la pobreza sobre la violencia, aunque sí podría relacionarse con algunas condiciones que se hacen presentes en situaciones de pobreza, estas pueden favorecer la probabilidad de violencia y delincuencia (Buvinic *et al.*, 1999). El Banco Mundial, en su estudio sobre crimen y violencia en América Latina (2001) analiza durante el período de 1970-1994 el comportamiento de 45 países, sus resultados indican que el incremento en la tasa del crecimiento del Producto Interno Bruto reduce la violencia, la desigualdad en los ingresos propicia un mayor crecimiento a las situaciones de la violencia, de igual forma, la tasa de violencia en el pasado determina en gran medida la tasa de violencia que se vive en el presente. Lo mismo cabe mencionar para el nivel de ingresos promedio y el grado de escolaridad; a menor tasa de los anteriores mayor probabilidad de presentar efectos en la tasa de violencia y a la inversa. Aquí puede decirse que los niveles de desarrollo no significan necesariamente una reducción en las tasas de violencia, esos factores son importantes pero no esenciales, como pueden serlo, por ejemplo, la desigualdad y el nivel de violencia preexistente, factores todos que denotan en su presencia grandes probabilidades a la violencia (Banco Mundial, 2001).

Urbanización de la violencia y la pobreza: a la par del crecimiento económico y urbanístico de las ciudades, viene consigo una diversidad de retos entre los cuales se pueden mencionar, las desigualdades sociales, conflictos, violencia y pobreza. «Hoy en día, las ciudades son centros de violencia multifacética» (Brender, 2012:3). Los escenarios rurales de pobreza —muy característicos en la primera

mitad del siglo XX— pasan a partir de los años 50 a ser un fenómeno urbano, con especial énfasis en las grandes ciudades (Kruijt, 2008).

Tabla 1:

Relación entre niveles de violencia, grado de urbanización y hogares en situación de pobreza.

Nivel de País violencia		Tasa pobreza (hogares)	Porcentaje de Población Urbana	Tasa de homicidios (por 100.000 hab.)
Violencia Baja	Uruguay	9,3	93	4,4
	Chile	15,4	87	5,4
	Costa Rica	18,6	59	8,3
	Paraguay	52,0	54	12,6
	Nicaragua	62,9	58	8,4
Violencia Alta / Muy Alta	Brasil	29,9	81	19,0
	México	31,8	75	18,1
	El Salvador	42,9	58	55,6
	Venezuela	43,3	87	49
	Colombia	48,7	71	39,6

Fuente: Elaboración propia en base a Briceño León (2009:109).

La tabla anterior denota que la diferencia entre los niveles de violencia —tomando como medición la tasa de homicidios— va en asociación a los niveles de urbanización de los territorios y también a los niveles de pobreza en los hogares. Favorece a la existencia de niveles altos de violencia la presencia de las dos variables, y denota que la mayor frecuencia de homicidios resulta en países que tienen un alto grado de urbanización y a su vez, mucha gente viviendo en condición de pobreza. Por el contrario si en determinado territorio solamente se hace presente una variable, los niveles de pobreza reducen.

Violencia en América Latina y el Caribe.

La violencia debilita el proceso económico, deteniendo su crecimiento. Según el Banco Mundial (2011) si se redujera en un 10% los niveles de violencia de los países más violentos de Centroamérica, sería posible incrementar el crecimiento del Producto Interno Bruto hasta con un 1%. Puesto que la violencia implica costos directos a la vez que afecta el ámbito de las inversiones. En la región centroamericana podrían nombrarse causas principales de la violencia las situaciones siguientes: tráfico de drogas, violencia juvenil y las maras que junto a su disponibilidad de armas de fuego, favorecen la existencia de escenarios de violencia.

La mayoría de los países de América Latina presentan mayores niveles de violencia en comparación a Europa, Estados Unidos de Norteamérica y Canadá. Esto en parte a las enraizadas situaciones de desigualdad (Salama, 2008). Los costos generados por la violencia son económicos, pero también hay un costo social y emocional (Kruijt, 2008). Entre estos últimos, cabe mencionar el debilitamiento de los sistemas de justicia, dando paso a la toma de la ley por mano de la población, afectación psicológica a las víctimas, entre otros. Muchas veces estos hechos se convierten en generadores de más hechos de violencia.

Tráfico de Drogas:

Centroamérica es una ruta obligada para el paso de drogas con destino a Estados Unidos de Norteamérica. «El gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica calcula que el 90% de toda la cocaína que entra a dicho país llega a través del corredor México-Centroamérica» (Banco Mundial, 2011:12). Esta es una ruta surgida en la década de 1990, puesto que anteriormente la cocaína se movía

por la región del Caribe. El tráfico de drogas convertido en una industria, hace surgir aspectos de escenarios violentos, que junto a la pobreza encuentra un nido ideal para permanecer. La forma en que las drogas generan violencia va desde los efectos en el consumidor, violencia para generar dinero para la compra, y la generada por las disputas de territorio.

Violencia Juvenil representada en las maras:

Es propicio recordar que el origen de las maras en Centro América surge de la decisión tomada por el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica de expulsar a los inmigrantes ilegales que pertenecían a pandillas callejeras en Los Ángeles (Salama, 2008). El concepto de violencia juvenil va más allá de las maras, existe la tradición de culpar a las maras de una infinidad de situaciones violentas pero no hay un análisis empírico concreto que realmente avale esa suposición (Arteaga Botello, 2005). Frente a esta situación surgieron planes tajantes que en nada han favorecido a la desaparición de acciones violentas y tampoco procuran la integración de los actores en círculos sociales de mayor valor tanto social como laboral. El pertenecer a una pandilla no es un cuestión transitoria, se encuentra ligado al reconocimiento del otro como miembro importante, las pandillas o maras se van profesionalizando y se convierten en adultas (Buvinic *et al.*, 2005). Aquellos que tienen edad escolar pero dejan de ir a la escuela y presentan ingresos modestos, tienen una mayor probabilidad de pertenecer a la mara. Aquellos que siguen sus estudios y tienen ingresos medios presentan también una probabilidad mayor de pertenencia a la mara. No son ni los más ricos ni los más pobres quienes muestran probabilidad de involucrarse en una mara (Rubio, 2005). Esta relación es más compleja que la que regularmente se vincula con la pobreza y la pertenencia a una mara (Salama, 2008). Las dos principales maras de la región son la Mara Salvatrucha (MS) y la Mara 18 (M18).

Disponibilidad de armas de fuego.

La región centroamericana ha visto empañada su historia por diversos conflictos armados, esto favoreció la gran probabilidad de poner a disposición de la población armas de fuego. Las hipótesis principales aducen, en primer lugar, a que la guerra pudo haber creado una cultura violenta, con tendencia de arreglar los problemas por medio de la violencia (Kruijt, 2008). Se establece también que debido al conflicto

armado se pudo haber recurrido a un inmensurable traslado de armas de fuego y municiones. Esto contribuyó a construir «sistemas de violencia» tanto a nivel local y nacional (Kruijt, 2008:8).

En Guatemala, un país que sufrió 36 años de guerra civil entre 1960 y 1996 se observan tres diferentes categorías de actores armados en la década de la posguerra. Primero está el fenómeno de los poderes oscuros: agrupaciones de exmilitares, algunos de ellos asociados a la exinteligencia militar, que se juntaron con los incipientes cártellos dentro de la floreciente nueva narcoeconomía. La segunda categoría de actores armados lo forman las bandas de la criminalidad común, especializadas en robo de vehículos, secuestros y matanzas subcontratadas. La tercera categoría son las pandillas juveniles que en la Centroamérica posbética son llamadas maras (Kruijt, 2008:8).

Es claro también que el origen de las armas que circulan en el territorio, no son del todo procedentes del conflicto armado. Las armas llevan un camino contrario a aquel que siguen las drogas, estas últimas van de sur a norte, y las armas llegan de norte a sur. Según la Organización Mundial de la Salud, un 63% de los homicidios que ocurren en el mundo son ocasionados por armas de fuego, y esta cifra es superior en América Latina, en donde supera al 80% (Londoño y Guerrero, 2000; World Health Organization, 2000). En las últimas dos décadas se ha incrementado la difusión de armas ligeras de manera impresionante (Briceño León, 2002). El mercado de las armas es complejo y vincula a otras sociedades mercantiles.

Reflexiones finales

La vinculación entre pobreza y violencia en nuestras realidades latinoamericanas lleva, en ocasiones, a emitir juicios de coexistencia; según Buvinic *et al.*, (1999) no hay demostraciones empíricas que realmente satisfagan en torno a la generación de la una en base a la existencia de la otra, es decir que no puede afirmarse que la pobreza genera violencia. La discusión que se ha generado sobre el grado de correlación entre la pobreza y la violencia ha ido en distintas direcciones. Podría decirse que algunas realidades violentas presentan una mayor manifestación en escenarios de pobreza y pobreza extrema, pero no por ello es viable afirmar que la pobreza es en sí misma la generadora y causante de los hechos violentos, sino que la desigualdad en la que se encuentran inmersas esas personas da como resultado la pobreza. Cabe resaltar que América Latina es considerada como la región más desigual del mundo (Brender, 2012; Buvinic *et al.*, 2005; Rodríguez, 2004). La pobreza que se genera a raíz de la desigualdad

en los ingresos, en el acceso a oportunidades y recursos, presenta mayores razones explicativas al surgimiento de la violencia (Fajnzlber, Lederman, & Loayza, 2002). Es esta desigualdad la que favorece también la permanencia de la violencia en distintos escenarios sociales aunado a que —según el Banco Interamericano de Desarrollo (1998)— es la desigualdad el primer factor estructural de mayor riesgo para la violencia. Los costos económicos invertidos en prevención y control de la violencia, son elevados. A nivel regional representan un gasto de US\$ 25 mil millones según datos del Banco Mundial (2011). En Centroamérica también son elevados los porcentajes en el uso de la prevención y el control. Si estos recursos pudiesen ser invertidos en educación, por ejemplo, es bastante probable que esos aportes pudieran expresarse en un significativo avance social. Según el Banco Mundial (2011) si se redujera en un 10% los niveles de violencia de los países más violentos de Centroamérica, sería posible incrementar el crecimiento del Producto Interno Bruto hasta con un 1%. La pobreza se hace palpable en toda forma de exclusión y desigualdad. Siendo toda forma de exclusión ya una forma de violencia. Esta violencia estructural es fruto heredado de largas historias vividas, historias que en algunos casos se vieron afectada por gobiernos dictatoriales, invasiones norteamericanas y la conocida década perdida, que heredó a la región una escalada de pobres y posteriores escenarios de violencia debido a las profundas desigualdades que el sistema iba generando. Las diversas intenciones por ver reducidas las brechas de desigualdad, la pobreza y la violencia, aportan algunos frutos pero aún quedan grandes retos por afrontar; considerando que el acceso a los recursos y oportunidades que permitan un desarrollo integral han de favorecer no solamente la reducción de la desigualdad, sino también a mucha gente a salir de los escenarios de pobreza. Actualmente existen muchos segmentos de nuestra población que a diario se topan con la pobreza y la violencia como al pan y la tortilla —eso quienes pueden acceder a ello— y ante esas situaciones se va avanzando y buscando salir adelante con las posibles y reducidas opciones que se van presentando.

Referencias bibliográficas

- Arteaga Botello, N. (2005). Violencia y pobreza: dispositivos en América Latina. *Quivera, Universidad Autónoma del Estado de México*, 7(002), 180–194.
- Aruguete, N., & Amadeo, B. (2012). Encuadrando el delito: Pánico moral en los periódicos argentinos. *América latina hoy: Revista de ciencias sociales*, 62, 177–196.
- Banco Interamericano de Desarrollo. (1998). *Facing Up to Inequality in Latin America. Economic and Social Progress in Latin America Report*. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Banco Mundial. (2001). *Crimen y violencia en América Latina*. Washington, D.C.
- Banco Mundial. (2011). *Crimen y Violencia en Centroamérica. Un desafío para el desarrollo*. Washington, D.C.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Brender, N. (2012). *Investigando el dilema urbano: urbanización, pobreza y violencia* (Resumen) (p. 20). Canadá: Centro Internacional de investigaciones para el Desarrollo.
- Briceño León, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías*, 4(8), 34–51.
- Briceño León, R. (2009). La violencia homicida en América Latina. *América latina hoy: Revista de ciencias sociales*, 50, 103–116.
- Buvinic, M., Morrison, A., & Orlando, M. B. (2005). Violencia, crimen y desarrollo social en América Latina y el Caribe. *Papeles de población*, 43, 167–214.
- Buvinic, M., Morrison, A., & Shifter, M. (1999). La violencia en América Latina y el Caribe: un marco de referencia para la acción. Banco Interamericano de Desarrollo.

Fajnzlber, P., Lederman, D., & Loayza, N. (2002). Inequality and violent crime. *Journal of Law and Economics*, 45, 1–40.

Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of peace research*, 27(3), 291–305.

Kruijt, D. (2008). Violencia y pobreza en América Latina: los actores armados. *Pensamiento Iberoamericano*, 2, 55–70.

Linares Marquéz de Prado, E. (2002). Violencia, pobreza y exclusión social. *Alternativas*, 10, 253–259.

Londoño, J. L., & Guerrero, R. (2000). Violencia en América Latina: epidemiología y costos. *Asalto al desarrollo: violencia en América Latina*, 54.

Rodríguez, F. (2004). La pobreza como un proceso de violencia estructural. *Revista de Ciencias Sociales*, 10(001), 42–50.

Rubio, M. (2005). La Mara, trucha y voraz. Violencia juvenil organizada en Centroamérica. Inter-American Development Bank Working Paper.

Salama, P. (2008). Informe sobre la violencia en América Latina. *revista de Economía Institucional*, 10(18), 81–102.

Sen, A. (2003). El enfoque de las capacidades y las realizaciones. *Comercio Exterior*, 53(5), 413–416.

Tortosa, J. M. (1994). Violencia y Pobreza, una relación estrecha. *Revista Papeles*, 50, 31–38.

World Health Organization. (2000). *World Report on Violence and Health*. Genéve: World Health Organization.